

cR

Centro
de Referência
Paulo Freire

**Este documento faz parte do acervo
do Centro de Referência Paulo Freire**

acervo.paulofreire.org



InstitutoPauloFreire

Moacir Gadotti debió haber arribado ayer a la ciudad de México procedente de São Paulo. Pero una agencia de viajes "olvidó" tramitar su visa. Así, una entrevista concertada con *El Financiero* debió ser cancelada. Resuelto su problema, Gadotti llega hoy para participar en el homenaje a Freire. Pero gracias a la magia del correo electrónico y los buenos oficios de la editorial Siglo XXI recibimos un par de documentos escritos por Gadotti y Carlos Alberto Torres donde explican en resumen la esencia del pensamiento de Pablo Freire.

Un hombre llamado Freire

Paulo Reglus Neves Freire nació en la ciudad de Recife, Brasil, el 19 de septiembre de 1921 y murió de un infarto agudo al miocardio en São Paulo el 2 de mayo de este año. Su gran aportación, dicen Moacir Gadotti y Carlos Alberto Torres, fue desarrollar "una pedagogía ética y utópica dirigida a promover el cambio social". Sus libros "socráticos" y su barba blanca "de profeta" hacen más notorios estos rasgos de su pensamiento. Freire era uno de estos seres rejejos que no se dejan "ablandar". La expresión es de él— por la ideología de la globalización, fenómeno histórico que suele ser presentado como una entidad "casi metafísica", de la cual no se puede escapar, según señala en su libro *Pedagogía de la autonomía* (Siglo XXI), aparecido en México esta semana.

Filosofía político-educacional

Partiendo de la "psicología de la opresión", explican los citados Gadotti y Torres, Paulo Freire utilizó el trabajo de psicoterapeutas como Freud, Jung, Adler, Fanon y Fromm para desarrollar su concepto de "pedagogía del oprimido". Pensaba que el educando podía mejorar su condición actuando contra los efectos de una psicología de la opresión, "humanizándose".

En un trabajo presentado por Torres en la Universidad de California en Los Angeles con motivo de la muerte de Freire (*The political pedagogy of Paulo Freire*), el investigador hace notar que sería "muy simplista" relacionar el concepto de pedagogía

HOY, a las 19 horas, tendrá lugar en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes un homenaje póstumo a Paulo Freire, el pedagogo brasileño recientemente fallecido cuya influencia es notoria en distintas partes del mundo. Promotor de una educación democrática para la democracia, Freire no dejó de advertir que enseñar es algo más que transferir un conocimiento. Sobre su vida y obra hablarán, entre otros, Moacir Gadotti, director general del Instituto Paulo Freire de Brasil, y Carlos Alberto Torres, profesor de la Universidad de California en Los Angeles.

Homenaje a Paulo Freire en Bellas Artes

"La educación es una actividad política"

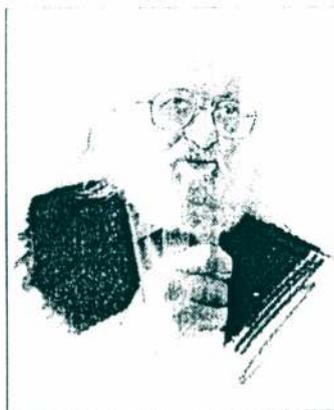
OSCAR ENRIQUE ORNELAS

política con las ideas de la «nueva izquierda» de los años sesenta. "Su pedagogía política", recalca Torres, no descansa simple y llanamente en una "preferencia ideológica" sino en un "claro impulso democrático". "Quiérase o no", señala, Freire recuerda a sus lectores que la educación "es una actividad política" y que cualquier "actividad política seria" tiene un carácter educativo. "Pero al mismo tiempo invita a trascender este aserto y tomar en cuenta el conjunto de implicaciones que conlleva la relación entre educación y política". Así, por ejemplo, "la filosofía política ayuda a identificar las conexiones entre las teorías del Estado, las teorías de la ciudadanía, las teorías de la democracia y las teorías de la educación". Relaciones que han sido percibidas incluso por autores que no comparten los puntos de vista de Freire. Es el caso por ejemplo, indica Torres, de liberales como Amy Gutmann, quien subraya que el concepto de ciudadanía es un *derecho* antes que una responsabilidad. La escuela, en ese sentido, debería promover virtudes sociales tales como la autonomía del pensamiento y la amplitud de miras, la ética del trabajo y la capacidad para posponer, de ser necesario, la autogratificación, así como la capacidad de análisis y de crítica. La educación democrática, en suma, debería ser

considerada como una "virtud cívica". De hecho, la promoción de una ciudadanía responsable es un objetivo de política pública.

Educando en São Paulo

Freire tuvo oportunidad de poner en práctica sus teorías al ganar el Partido de los Trabajadores de Brasil la alcaldía de una de las tres ciudades más pobladas del mundo,



Paulo Freire. Retrato de EZQUERRO.

São Paulo, en 1988. Freire fue nombrado secretario de Educación y a su cargo quedaron 654 escuelas con más de 700 mil alumnos. Las repercusiones de su trabajo fueron múltiples, tanto en el terreno de la alfabetización como de la educación de adultos y en diversas áreas relacionadas con la enseñanza de la matemática y la física y la planeación educativa. Freire demostró que se podía pensar y realizar "de otro modo" la educación.

Esta experiencia se recoge en el libro de entrevistas con Freire intitulado *La educación en la ciudad*, actualmente en proceso de traducción por Siglo XXI y que aparecerá en breve. Fueron cuatro los objetivos del pedagogo brasileño como secretario de Educación de São Paulo: democratizar el poder pedagógico y educativo, desarrollar una planeación autogestionaria, incrementar la calidad de la educación y contribuir a eliminar el analfabetismo de jóvenes y adultos de la ciudad. Después de dos años de poner en práctica un nuevo modelo educativo, Freire volvió a la enseñanza pero los resultados resultaron halagadores, quedando en otras manos la continuidad del proyecto.

Para Gadotti y Torres, la pedagogía de Freire tuvo tanto éxito—actualmente existen 21 núcleos de estudios freireanos en 18 países y su labor se reconoce por la Unesco— debido a que, a diferencia de la pedagogía conservadora, la freireana es una pedagogía del diálogo en la que se respeta al educando, limitándose el profesor a orientar o dirigir el proceso educativo. El profesor es, en ese sentido, también un aprendiz. Lo más destacado, señalan Gadotti y Torres, es que al desarrollar Freire su teoría de la educación consiguió desmitificar, a la vez, la concepción de la educación como solución "para todo" y el pesimismo de los años setenta según el cual la escuela es "meramente *reproductora del status quo*". Esto contribuyó, insisten los dos especialistas, a superar "el pedagogismo ingenuo y el pesimismo negativista", permaneciendo "fiel a la utopía".

Pablo Freire en internet: <http://ppbr.com/ipf>.

Es mi buen juicio el que me advierte que ejercer mi autoridad de profesor en la clase, tomando decisiones, orientando actividades, estableciendo tareas, logrando la producción individual y colectiva del grupo es señal de autoritarismo de mi parte. Es mi autoridad cumpliendo con su deber. Todavía no resolvemos bien entre nosotros la tensión que la contradicción autoridad-libertad nos crea y confundimos casi siempre autoridad con autoritarismo, libertinaje con libertad.

Saber que debo respeto a la autonomía, a la dignidad y a la identidad del educando y, en la práctica, buscar la coherencia con este saber, me lleva inapelablemente a la creación de algunas virtudes o cualidades sin las cuales ese saber se vuelve falso, palabrería vacía e inoperante. No sirve para nada, a no ser para irritar al educando y desmoronar el discurso hipócrita del educador, hablar de democracia y libertad pero imponiendo al educando la voluntad arrogante del maestro. Mi buen juicio me dice, por ejemplo, que es inhumano afirmar que el hambre y la miseria a que están expuestos millones de brasileños y brasileñas son una fatalidad frente a la cual sólo hay una cosa que hacer: esperar pacientemente a que cambie la realidad. Mi buen juicio me dice que eso es inhumano y exige de mi rigor científico la afirmación de que es posible cambiar con *disciplina* la voracidad de la miseria insaciable.

Es mi buen juicio, en primer lugar, el que me hace

Enseñar exige buen juicio

PABLO FREIRE *

LA vigilancia de mi buen juicio tiene una importancia enorme en la evaluación que, a cada instante, debo hacer de mi práctica. Antes, por ejemplo, de cualquier reflexión más detenida y rigurosa, es mi buen juicio el que me indica ser tan negativo, desde el punto de vista de mi tarea docente, el formalismo insensible que me hace rechazar el trabajo de un alumno porque está fuera de plazo, a pesar de las explicaciones convincentes del alumno, como el menosprecio pleno por los principios reguladores de la entrega de los trabajos.

sospechar, como mínimo, que no es posible que la escuela, si está de verdad involucrada en la formación de educandos educadores, se aleje de las condiciones sociales, culturales, económicas de sus alumnos, de sus familias, de sus vecinos.

Al pensar sobre el deber que tengo, como profesor, de respetar la dignidad del educando, su autonomía, su identidad en proceso, debo también pensar, como ya señalé, en cómo lograr una práctica educativa en la que ese respeto, que sé que debo tener para con el educando, se realice en lugar de ser negado. Esto exige de mí una reflexión crítica permanente sobre mi práctica, a través de la cual yo voy

evaluando mi propio actuar con los educandos. Lo ideal es que, tarde o temprano, se invente una forma para que los educandos puedan participar de la evaluación. Es que el trabajo del profesor es el trabajo del profesor con los alumnos y no del profesor consigo mismo.

La responsabilidad del profesor, que a veces no percibimos, siempre es grande. La propia naturaleza de su práctica eminentemente formadora subraya la manera en que se realiza. Su presencia en el salón es de tal manera ejemplar que ningún profesor o profesora escapa al juicio que los alumnos hacen de él o de ella. Y tal vez el peor de los juicios es el que se expresa en la "falta" de juicio. El peor juicio es el que considera al profesor una *ausencia* en el salón.

El profesor autoritario, el profesor permisivo, el profesor competente, serio, el profesor incompetente, irresponsable, el profesor amoroso con la vida y de la gente, el profesor mal querido, siempre con rabia hacia las personas y el mundo, frío, burocrático, racionalista, ninguno de ellos pasa por los alumnos sin dejar su huella. De allí la importancia del ejemplo que ofrezca el profesor de su lucidez y de su compromiso en la pelea por la defensa de sus derechos, así como por la exigencia de las condiciones necesarias para el ejercicio de sus deberes.

* Fragmento del libro *Pedagogía de la autonomía* aparecido esta semana en México.